

Desafíos y retos de la Universidad Pública

Mesa de discusión

18 de noviembre de 2005

**Victoria Kandel, Francisco Naishtat, Augusto Pérez Lindo,
Emilio Tenti, Ernesto Villanueva**

Coordinadores: Pedro Krotsch y Sandra Carli

Pedro Krotsch: Esta reunión apunta a analizar el sistema universitario desde una perspectiva de la coyuntura y del futuro. Les proponemos dar cuenta de la problemática del presente de la UBA y del sistema público – teniendo como centro la UBA- y la posibilidad de construir una perspectiva, un modelo de universidad a futuro Un modelo de Universidad de Buenos Aires pensando a diez años, construyendo una perspectiva, apelando a la utopía y la capacidad de imaginar escenarios. Esperamos que sea una discusión vital, concreta, porque en alguna medida también estamos esperando que esta reunión tenga efectos secundarios. Estamos en un proceso electoral. No queremos intervenir en él, pero sí nos parece interesante poder plantear algunas ideas para el conjunto de la Universidad, que puedan ser usadas por quien quiera usarlas. Este es un momento interesante, una coyuntura interesante políticamente en la UBA, como para lanzar algunas ideas fuertes, no sesgadas por miradas directamente involucradas en el proceso .

El primer punto, el principal, es "Problemas de la Universidad Pública". Hicimos un punteo puramente tentativo. Cada uno podrá resaltar alguna de las facetas que le parezca fundamental, de manera de poner en juego una serie de diagnósticos desde las distintas perspectivas. El segundo punto es "El acrecentamiento de la oferta en la universidad pública y privada en el AMBA", el Área Metropolitana del Gran Buenos Aires. Como todos saben hay un acrecentamiento de la oferta muy grande, que por lo menos en términos generales puede contribuir a cuestionar o preguntarse acerca del rol de la UBA, preguntarse por ejemplo si la UBA sigue teniendo la centralidad que tenía en los '50 en los distintos espacios y vínculos de la Universidad con el entorno. Y el tercer punto sería una reflexión de cómo,

en ese contexto de un mercado, especialmente regional acrecentado, podría configurar su perfil y misión la UBA.

Francisco Naishtat: El tema de esta convocatoria es la Universidad como espacio público y sus desafíos frente a la diversificación del sistema y el sector privado. En esta primera ronda voy a centrarme en el análisis del primer miembro de la oración: la Universidad como espacio público. Respecto a este tema considero la siguiente cuestión: ¿de qué tipo de existencia público-política es posible la universidad pública?, ¿qué forma de existencia política puede o debe mantener la universidad en el espacio público democrático? Voy a partir de un argumento de Jeffrey Alexander, el bien conocido sociólogo norteamericano, acerca de su concepto de posición consagrada derivada del modelo que él denomina liberal de la Universidad, inspirado en Weber-Parsons, predominante en el mundo anglosajón. En ese modelo la universidad tendría dos cuerpos o dos representaciones, por llamarlo de algún modo: por un lado un cuerpo académico regido por una racionalidad cognitiva, neutra con respecto a valores y que ejerce una crítica en el ámbito de la ciencia y de la producción de conocimiento. Por otra parte, una representación externa: la cara público-política de la universidad regida por un cuerpo administrativo que representa a la universidad frente a las autoridades políticas, frente a la sociedad, y que, eventualmente, toma posiciones de valor frente a determinados temas. Este carácter bicéfalo de la Universidad ya era reconocido en otros modelos. Por ejemplo en el modelo de Burton Clark se enfatizaban los diferentes niveles de autoridad en la Universidad: la autoridad colegial asimilable a lo que Alexander llama el colegio académico de racionalidad cognitiva y que en modelo de Burton Clark se llama modelo de autoridad disciplinar, el nivel de autoridad política y/o político administrativa. Esto se reduce en la propuesta de Alexander básicamente a dos cuerpos de representación, es decir el cuerpo cognitivo académico de neutralidad valorativa y el cuerpo político. La reconstrucción de Alexander es muy interesante, porque señala la conexión que existe entre el carácter bicéfalo de la Universidad y la idea filosófica y sociológica de la racionalidad weberiana, la neutralidad en relación al valor que Weber propugna en relación a la ciencia y que es tomada por Parsons en su propio modelo de la universidad norteamericana.

Lo interesante del planteo de Alexander es que es un modelo que a pesar de haber funcionado relativamente bien en la universidad norteamericana y ser el más deseable en cuanto al *desideratum* sobre el desarrollo de la ciencia y de la técnica para la universidad moderno tardía, sin embargo – señala Alexander- deja muchas cosas que desear en otros aspectos fundamentales de nuestras sociedades modernas. Por ejemplo, con el advenimiento del nazismo, este modelo no supo dar una respuesta académico- universitaria a la cuestión de la transformación nazi fascista de la sociedad alemana y de la propia universidad en un período histórico específico, ya que en realidad la universidad no desempeñó ningún papel prominente como freno espiritual o dique de contención intelectual en ese respecto. Y este modelo se desempeñó de la misma forma respecto a evoluciones críticas de la sociedad, y de cuestiones de la política y del Estado. Al dividir el mundo académico administrativo-político, el modelo liberal condena en realidad al mundo académico a una suerte de asepsia y de silencio en cuestiones de las que en realidad tendría que afirmar y pronunciarse públicamente. Es más, Alexander dice que la pretendida neutralidad valorativa weberiana ni siquiera es tal, porque cuando un cientista político por ejemplo enfrenta cuestiones relativas al sistema democrático no puede ser neutro en relación a la democracia o al autoritarismo sino que en realidad tiene ciertas inherencias de valor que atraviesan su propia percepción y organización del campo cognitivo. Para paliar este déficit Alexander termina propugnando para las universidades una racionalidad que llama racionalidad valorativa y que estaría basada en dos parámetros fundamentales: el pluralismo por una parte y el control académico de los resultados por otra parte, y estaría regido por algo que se podría semejar a la racionalidad comunicativa de Habermas. Esto implica intervención en los asuntos públicos regido por un debate de parámetros comunicativos y argumentales pero con tomas de posiciones afirmativas por parte de la Universidad sin esta división de la representación universitaria entre un poder administrativo y de gestión y un poder académico aséptico y neutro cognitivamente. En relación con esto nosotros podemos preguntarnos, ya que de lo que se trata aquí fundamentalmente es de la universidad argentina, ¿cuál es la relación que tiene la universidad argentina con esta cuestión? Porque si uno mira la tradición de la

universidad argentina en el siglo XX, sobre todo a partir de la reforma del 18, uno descubre que en realidad el bicefalismo que hay en las universidades anglosajonas no es propio de nuestras representaciones universitarias, al menos en principio. Es decir, la representación que nosotros tenemos tal como la concebían los reformistas, era pensada desde una misma estructura común de gobierno o formato tripartito de representación en todas las instancias, de manera tal que el tripartito se reproduce en los niveles del departamento, del instituto, de la facultad, de la universidad. Es decir que al menos en el modelo original, los reformistas no pensaban que debía haber por una parte un cuerpo de gestión burocrático político y, por otra, un cuerpo académico científico atendiendo solamente los asuntos de la racionalidad cognitiva, sino que pensaban que en realidad la universidad como un cuerpo colectivo, un intelectual colectivo, debía poder atender en todos los asuntos al mismo tiempo de manera que todos debían poder hacer y decidir de todo. Esa es al menos la idea que rige en el demos universitario. Una primera pregunta que podemos hacernos es si la crítica que Alexander hace al modelo bicefalista de las dos representaciones es justa o no es justa. En este punto, que en todo caso puedo poner aquí en la mesa de discusión, encuentro que hay un aspecto que es justo. Hay una serie de aspectos de la sociedad y de la política de las evoluciones culturales frente a las cuales las universidades deberían poder tomar posición, y que la universidad no sólo debe medirse de acuerdo a parámetros de producción de conocimiento sino que debe medirse también en relación precisamente al papel público que representan en el cuerpo democrático. La idea está en las reflexiones del historiador reformista Gabriel Dal Mazo de la universidad como una democracia chica en una democracia grande, como un ejemplo de democracia, como una escuela de democracia para la sociedad (idea cara asimismo a otro pedagogo como el cordobés Saúl Taborda). Entonces en ese sentido la crítica de Jeffrey Alexander al modelo de neutralidad valorativa y al bicefalismo es admisible...

Luego viene la segunda pregunta. Podemos preguntarnos si la idea reformista de un cuerpo simple, homogéneo de gobierno universitario en todas sus instancias basado en el esquema del tripartito está adaptada al tipo de universidad ultramoderna o posmoderna -como quiera que se la

llame- que nosotros tenemos actualmente con las características y complejidades que le son propias de la misma: la masividad, la complejidad que requiere su aparato administrativo, el carácter complejo que tiene la propia administración de la ciencia. Uno puede preguntarse si el hecho de que todos deban entender de todo en las instancias de gobierno no genera una suerte de elefantiasis o de parálisis en la propia marcha de los asuntos universitarios, y esa es una pregunta que nos podemos hacer. La tercera pregunta que nos podemos hacer es si hoy, prácticamente a cien años de la reforma universitaria, la unidad colegiada, el carácter del tripartito actual sigue funcionando tal como los reformistas lo entendían, o si es más bien hoy en día una máscara ideológica que cubre o encubre las mismas divisiones que la propia universidad liberal también traduce entre lo administrativo y lo colegiado y entre múltiples otros planos. Es decir, si en definitiva nuestra universidad no acarrea igualmente los vicios denunciados por Alexander en el modelo liberal, sumado a todos los males que ya tiene por sí misma, y sin añadirle ninguna ventaja manifiesta, a pesar de su pretendido modelo de responsabilidad público-política que involucra también al cuerpo científico y académico. Si el modelo realmente funciona como tal o si es más bien una forma de narración que cumple su papel como ideología y que encubre otros tipos de funcionamiento semejante al de cualquier universidad compleja. Esa es otra de las preguntas que uno puede hacerse. Y en relación a esta última pregunta acerca de la erosión o del desfase entre funcionamiento real y funcionamiento pretendido uno puede interrogarse sobre los niveles de avance que el sistema universitario nacional tiene sobre las propias universidades. Estoy pensando en las instancias de gobiernos sistémicos como la CONEAU, o la Secretaría de Asuntos Universitarios, que tienen una incidencia cada vez mayor dentro de la propia marcha de las universidades a través de múltiples instancias. Esas instancias también acusan un nivel de gobierno de las universidades que no estaba presente en el momento en que los reformistas pensaban su propia universidad. Entonces, ¿hasta qué punto podemos hoy decir que tenemos en la tradición reformista argentina esa universidad que acusa unidad de cuerpo como en el modelo de racionalidad valorativa de Alexander?

Dicho esto quedan dos caminos: por un lado se podría echar por la borda los aspectos de nuestra propia tradición argentina y sostener que en

el fondo la idea de un cuerpo homogéneo de gobierno universitario en todas sus instancias no es más que un relato pretendido. Otra posibilidad sería tomarnos en serio la historia, no desde un punto de vista dogmático en el sentido de que nosotros debamos simplemente reconducir todas esas formas institucionales, sino como un fondo disponible de sentido. Está en esta línea la idea del biólogo chileno Humberto Maturana, que habla de la tradición latinoamericana como un ejemplo de auto inspiración. Me parece muy acertado, porque no se trata de pretender que la Reforma del 18 deba ser una suerte de molde ya incuestionable y rígido que deba atar a la universidad como en un corsé, sino pensarla como una inspiración que tiene algunas ideas interesantes, y entre otras, una de esas ideas interesantes es la idea de que el cuerpo académico científico deba poder involucrarse también en la representación externa de la universidad y no delegar esa función a un poder político descentrado de la propia vida científica colegiada. En ese sentido, si tomamos las ideas de la Reforma, particularmente la idea de demos universitario y de la universidad como una escuela de la democracia y como un agente de sentido, podamos quizás avanzar en las vías de una reforma de la propia Reforma, es decir encontrar algunos principios que nos permitan reformar la Reforma pero dentro de una idea de inspiración y de fuente de sentido de la propia Reforma. Creo que eso permitiría dotar al demos universitario de una revitalización democrática, dotar a la universidad a su vez de una nueva fuerza espiritual muy necesaria, en resistencia crítica respecto de una vida universitaria asumida desde patrones de conducta burocrático administrativo y adaptativos. También facilitaría encontrar principios que aseguren por dónde debe encarrilarse una reforma de la universidad. Yo encuentro que cuando encaramos la reforma de la universidad generalmente tratamos problemas empíricos que son muy necesarios como la crisis de deserción, los problemas de presupuesto y masividad. Pero hay un gran déficit del pensamiento de los principios que deben regir la reforma, es decir que deban articular las ideas sobre las cuales debemos encarar una reforma de la Universidad. En ese sentido, me parece central tomarse en serio la de la Reforma del 18 dentro de la historia de la universidad argentina, porque es una de las pocas cosas realmente originales que nosotros tenemos.

En ese sentido quiero concluir con la idea de historia de Nietzsche. Nietzsche, en "Las Intempestivas" hablaba de tres historias: la historia monumental, la historia anticuaria y la historia crítica. La historia monumental es la historia de los grandes monumentos y de los grandes héroes, que si bien es necesaria, llevada a un punto excesivo puede trabar cualquier avance hacia el futuro y caer en la idolatría. La historia anticuaria es, por el contrario, la historia del pequeño museísta que simplemente quiere conservar pequeños detalles de la historia de vida, pero que también puede terminar encerrando a la vida académica en un corsé si se toma demasiado en serio la idea de la conservación. En muchos aspectos la universidad despliega esta historia anticuaria, conservando sus diferentes aspectos como reliquia. Por último, la historia crítica implica una actitud completamente irreverente hacia el pasado, pensar que podemos renovar todo de manera draconiana, basándonos simplemente en criterios racionales de diseño de futuro. Esto también puede ser muy desacertado, en cuanto a que nunca nosotros venimos de la nada sino que acarreamos una tradición que nos da identidad. Entonces Nietzsche recomendaba una especie de fuerza plástica entre estas tres historias, la monumental, la crítica y la anticuaria, que es la única manera de encarar con creatividad el futuro. Yo creo que las reformas de los 90, en el mejor de los casos, tuvieron un caudal de racionalismo crítico en relación a lo que había, y en el peor de los casos, fueron un modelo de nuevo servilismo respecto de los poderes heterónomos del mercado, el estado y las agencias burocráticas internacionales. Pero en ninguno de los casos se supo valorar precisamente los aspectos de sentido y de originalidad de la tradición latinoamericana, en cuanto a lo que esto pueda tener como fuente de inspiración intelectual. Por otra parte, la universidad del 83, la del retorno de la democracia en Argentina, se había reconstruido sobre la base del modelo reformista, pero como una suerte de historia anticuaria que no hace nada decisivo para renovar a la universidad sino que en última instancia se encierra en las glorias del pasado. Yo creo que esta idea de fuerza plástica puede ser una idea interesante para encarar una reforma de la Universidad, a condición de que nos propongamos realmente pensar esos principios que puedan conducir una reforma de la Reforma.

Emilio Tenti: Yo también reivindicaría la búsqueda de sentido en la historia, como decía Francisco. Pero también en ciertos valores y en el sistema de relaciones que mantiene la universidad con otras instancias sociales en el tiempo actual. Yo no tengo una visión científica de la universidad como “objeto de conocimiento”. Sólo dispongo de una visión práctica de esa realidad, porque soy profesor universitario. Desde hace algún tiempo me ocupo más de la evolución y el estado actual del sistema de educación básica. Creo que hay, algunas tensiones que atraviesan a todo el sistema educativo. Por ejemplo, la tensión entre masividad y excelencia, en todos los niveles del sistema. La universidad es la cúspide del sistema de educación formal, y esa tensión también se hace sentir en la educación superior. La evolución de las matrículas y las coberturas muestra que todos los sistemas educativos latinoamericanos han sido eficaces para escolarizar, para incorporar chicos a la primaria, a la secundaria e incluso a la universidad. El problema se plantea cuando nos preguntamos si efectivamente las instituciones son capaces de desarrollar conocimientos poderosos en las personas. Esta es la duda que se nos presenta. Cuando hablo de tensión masividad-excelencia, me refiero a la tensión que existe entre escolarización, distribución de títulos y certificados escolares y desarrollo del conocimiento en las personas. Lo que es válido en una perspectiva democrática y progresista es exigir la igualdad de oportunidades de acceso al conocimiento y no la igualdad de oportunidades de ingreso a una institución. Sin embargo es mucho más complejo desarrollar conocimiento en las personas que escolarizarlas, incluso en la educación superior. Podríamos decir que la educación superior también es un nivel educativo masificado. De hechos tenemos algunas instituciones llenas de gente – 20.000 alumnos en nuestra Facultad de Ciencias Sociales- pero dudo yo de que esos 20.000 alumnos se apropien todos ellos de una base de conocimientos poderosos de las tradiciones más ricas de las ciencias sociales fundamentales. Aquí nos enfrentamos al problema del o de los sentidos que tiene la gasificación de la educación escolar en todos los niveles del sistema.

La cuestión de la relación público-privado en la universidad no es independiente de lo que ha pasado con el espacio público en la Argentina y en otros países. La crisis de lo público es también la crisis de la universidad

pública. Y en términos de la Universidad de Buenos Aires y de las universidades públicas veo que hay una especie de tensión fuerte en la década del 90 entre las políticas defensivas y las políticas de reforma. Y creo que han triunfado las políticas defensivas. La universidad pública aparece como una institución sitiada y amenazada. Las iniciativas de reforma vienen de afuera, vienen de arriba, a veces del poder político o del poder económico. Por lo tanto la universidad se ha visto obligada a desplegar estrategias de defensa. Entonces nos cuesta pensar en las necesarias reformas. La mayor parte de las energías y de los consensos políticos en el interior de la universidad se producen alrededor de una estrategia defensiva: lo que nos une es "un enemigo externo" y las propuestas "innovadoras" vienen de afuera. Y al mismo tiempo existe una especie de insatisfacción generalizada. Se produce una situación bastante paradójica, porque a nivel individual cada uno de nosotros, que formamos parte de esta Universidad, no puede estar muy satisfecho por su estado, pero al mismo tiempo hay una especie de reproducción automática del *statu quo*. Esta es una cuestión que merece reflexión.

Desde el punto de vista más específico de lo que es la UBA, creo que es algo así como un desafío para los sociólogos de la organización. Como institución, me parece una institución muy original, muy difícil de aprehender. En algún momento hice el intento de pensar que es una institución caracterizada por la solidaridad mecánica (Durkheim), una institución muy elemental donde lo que hace este compañero se suma a lo que hago yo, y de eso resulta una serie de productos que se llaman graduados, profesionales o "conocimiento científico", "ciencia y tecnología", "servicios", etc. Se produce según una lógica sumativa o de "agregación". No veo una división del trabajo más compleja, algo así como una "solidaridad orgánica". Como institución masiva me parece un objeto bastante extraño y hasta cierto punto indescifrable. Repito, creo que es un lindo tema para sociólogos, antropólogos, etc.

En términos de reforma yo veo algunos grandes frentes de discusión e intervención. El primero tiene que ver con el tema del gobierno de la universidad. Creo que en la UBA hay un problema fuerte de gobierno o de simple conducción/coordiación de los procesos de producción. Hay un problema de perfil del recurso humano. Otra dimensión fundamentalmente

problemática es la destrucción del profesor *full time*, del profesional de la universidad. La mayoría de los miembros de la institución no son protagonistas. En el caso de las ciencias sociales la situación se sintetiza en la siguiente sentencia: Todos estamos en la Universidad, nadie está todo en la Universidad". Creo que hay que reconstruir esta masa crítica. Pero esta característica del tipo de recurso humano, del perfil del recurso humano, del modelo de vinculación que tenemos con esta institución, explica muchas otras características y comportamientos, como por ejemplo los comportamientos gremiales, el tipo de organización, la conflictividad, incluso explica mucho también del manejo del poder, las estrategias, las alianzas, la situación política.

Otro problema grave es el problema de la organización académica. Es una organización académica tradicional, obsoleta, donde todavía existe el sistema de cátedras piramidales contra el que se sublevó la juventud del '68 en París. Todavía vivimos en este modelo de organización, y de gestión pedagógica. No hay conducción ni responsabilidad en la gestión académica, no hay una racionalidad mínima en el proceso de producción tanto del conocimiento como de los profesionales. ¿Quién se hace responsable de garantizar si hay unidad, coherencia, sentido, en la producción de un sociólogo, en la producción de un licenciado en ciencia política? No sé hasta qué punto hay un control sobre ese proceso o si es un proceso que transcurre de forma más bien de facto. No hay una racionalidad *ex ante*. Francisco también planteaba este tema de la necesidad de distinguir lo que es la autoridad científica en el campo intelectual de la autoridad como autoridad institucional. Estas dos formas que aparecen mezcladas en esta Universidad, no sé hasta qué punto no habría que poner en cuestionamiento esto. Esta confusión se relaciona la tensión que existe entre democracia y eficiencia. Veo una democracia formal. En las formas no creo que haya una institución más democrática que la de la universidad pública argentina. Democracia en el sentido de participación de todos los miembros en el dispositivo electoral. Pero creo que son pocos (y al parecer tienden a ser siempre los mismos) quienes realmente "saben de que se trata" y tienen intereses definidos en las luchas que se libran en su interior. Pero veo una tensión, una contradicción entre esta democracia electoral y la eficacia productiva, e incluso con eficiencia en el uso de recursos. No sé

si no habrá llegado el momento de plantearnos hasta qué punto es posible distinguir dos autoridades: el espacio de lo que es la autoridad académico científica y el espacio, la finalidad y la racionalidad propia de la autoridad de gestión institucional. En todos los países se requieren estas dos figuras, yo creo que son dos figuras distintas: una cosa es ser Decano de una Facultad y otra cosa es ser la autoridad científica de un campo intelectual. No tienen por qué coincidir. Son dos tareas totalmente distintas las de gestión del conocimiento, gestión de los procesos de producción, de investigación, de desarrollos tecnológicos o de producción de profesionales, y los procesos de producción de conocimientos. Son dos espacios, dos arenas donde están en juego dos tipos de objetivos, de finalidades, de racionalidades, y por lo tanto también dos tipos de autoridad. En cuanto al gobierno de la Universidad, yo tiendo a pensar que "la Universidad tiene que ser de quienes la trabajan" y de quienes la producen, o sea de los que son *full time*, los que se consagran a ella y viven de ella. Yo tiendo a pensar, un tanto provocativamente, que la masa de los que tenemos esas vinculaciones locales y parciales, que trabajamos con dedicación simple, incluso no deberíamos tener derecho a votar en la elección de los cargos electivos. Esta podría ser una propuesta pertinente y realista el día en que exista una masa crítica cuantitativamente relevante de profesores e investigadores de tiempo completo. Ellos deberían ser los protagonistas de la vida universitaria. Ellos y los estudiantes deberían tener un peso decisivo en la conducción del gobierno de la universidad.

Quiero mencionar otra tensión que tiene que ver con la cuestión de los fines de la universidad: la formación de recursos humanos, el avance del conocimiento y el desarrollo de tecnologías que ayuden a mejorar la calidad de vida de la población. Estas tres finalidades determinan distintas demandas de autonomía e interdependencia con otras dimensiones de la vida social. Aquí se me aparecen otras contradicciones o tensiones añilladas, el viejo tema de autonomía-heteronomía, autonomía-subordinación política.

En relación con estos complejos problemas podríamos introducir una distinción muy general: la autonomía es un requisito ineludible de producción de conocimiento y cultura (en el sentido tradicional de la expresión, es decir, la ciencia, las artes, etc.). Pero no me puedo imaginar

la autonomía en el campo del desarrollo de los profesionales o de las innovaciones tecnológicas. Los profesionales y las tecnologías no tienen un valor en sí mismas. Tienen sentido en la medida en que sirven para resolver problemas (sociales, económicos, productivos, etc.). ¿Cómo producir tecnologías o tecnólogos sin tomar en cuenta, sin una coordinación con los agentes de los campos específicos de producción (de salud, de educación, de bienes y servicios, etc.)? En este caso la respuesta no es ni la autonomía ni la subordinación, sino la articulación, la interdependencia entre las instancias académicas y las instancias productivas públicas y privadas. Y aquí habrá que construir nuevas y variadas formas de vinculación. Estoy convencido que la universidad deberá encontrar una forma de compromiso entre lo que es la necesaria autonomía científica y cultural (campos que son productivos, creativos y críticos en la medida en que no están determinados por demandas externas) con planificación, organización y socialización de los procesos de desarrollo científico tecnológico y de producción de profesionales.

En todo caso veo la autonomía como una condición ineludible para hacer ciencia crítica y ciencia poderosa; pero en lo que es desarrollo científico de tecnologías, la experiencia internacional indica que el desarrollo científico tecnológico resulta de una alianza entre intelectuales, profesionales de la universidad –investigadores universitarios, institutos universitarios- profesionales que están en la producción en la empresa, e incluso usuarios de las tecnologías desarrolladas.

Respecto a la división del trabajo entre el estado, el mercado y la sociedad en la oferta de educación superior, en todo el mundo aparece una especie de *leit motiv*: la tensión que existe entre la demanda creciente y la incapacidad del Estado de dar respuesta proporcional y de cierta calidad a esta demanda. Esto es lo que explica y justifica- para unos explica y para otros está legitimando- el surgimiento de las iniciativas privadas en el desarrollo de la educación superior. El argumento es que la demanda es tan grande que el Estado solo no puede hacer frente a la misma. Se dice que hay que buscar nuevas fuentes de financiamiento, esta parece ser la fórmula de moda. Recientemente leí un artículo de la UNESCO que decía que esto es inevitable, que en el mundo el Estado es incapaz de responder a una demanda de tal característica, que las familias, las empresas, las

industrias, los bancos, los organismos internacionales, deben contribuir al financiamiento para dar respuesta a esta demanda. Pero al mismo tiempo se reconoce que sólo el Estado puede garantizar el desarrollo de la ciencia básica, el desarrollo de aquellos conocimientos que no tienen demanda externa. En los campos científicos son los propios productores quienes generan la demanda. Incluso no es lícito que se atiendan demandas externas cuando se trata de desarrollar la sociología pura o "crítica". Este no es el caso de la sociología aplicada, que es tecnología. Y ya dijimos que en el campo de desarrollo tecnológico no se puede pretender autonomía. Pero cuando se trata de desarrollar sociología como ciencia crítica, la única demanda legítima es la demanda del campo intelectual. Porque la autonomía es tal no sólo en relación con las pretensiones del poder económico sino también del poder político, religioso, etc. todos poderes ajenos al campo intelectual.

Retomo el tema de la tensión entre demandas crecientes y recursos limitados y esta "inevitabilidad" del financiamiento compartido. Creo que existe un problema grave. La propuesta reduce al Estado a brindar apoyo solamente a los pobres meritorios. Es el modelo hegemónico que se quiere imponer en todo el mundo. Se alega que incluso la Universidad de Pekín recibe del Estado sólo el 40% de su presupuesto, el resto lo genera la propia universidad. La Universidad Estatal de Colorado es estatal, y el 70% de sus recursos no es de origen estatal: provienen de la venta de recursos o matrículas. Incluso en Rusia parece ser que ese es el modelo. A mí no me convence este modelo del apoyo del Estado sólo para los pobres con mérito. Es el mismo modelo que se plantea para otras políticas sociales. La idea de que el Estado sólo se ocupe de los más pobres, y del resto que se ocupe el mercado, no me parece adecuada para Argentina.

En lo que hace al financiamiento de la universidad pública los datos indican que Argentina es el país en América Latina que ofrece las más altas oportunidades de acceso a los sectores sociales subordinados. El modelo chileno, que es el modelo donde el financiamiento compartido ha tenido más espacio, es el que menos oportunidad ofrece a la clase obrera o a los sectores sociales bajos de acceder a títulos universitarios. Pero yo veo que en esto hay una presión fuerte, una tensión entre masificación y capacidad de respuesta por parte del Estado, y por otro lado algo más profundo, que

es la tentación de responder a la demanda simplemente con la escolarización, que es lo que hacen muchas instituciones privadas. Los títulos se reparten más fácil que el conocimiento. El conocimiento requiere condiciones mucho más complejas y mucho más difíciles de reunir para ser incorporado por las personas. Entonces la tentación es responder a la demanda de conocimiento con la distribución de títulos y certificados, y éste es el peligro para mí de la iniciativa privada en este terreno.

Augusto Pérez Lindo: Yo selecciono, entre tantos temas posibles, tres cuestiones: el problema de la gestión, la profesionalización docente y los rendimientos académicos. Respecto al tema del gobierno lo que observo es que bajo distintas formas, la universidad pública argentina está privatizada. Privatizada en varios sentidos. Por ejemplo, como reproducción: en la Facultad de Odontología de la UBA, el 70 % de los egresados son hijos de odontólogos, que gobiernan la Universidad ya por varias generaciones, son los dueños de la Facultad.

Ernesto Villanueva: Te interrumpo: si uno quiere, puede contratar el Aula Magna de la Facultad de Odontología ante una entidad privada que se llama Fundación Facultad de Odontología.

Augusto Pérez Lindo: Hablo de privatización pensando en Rectores que se apropian de las Universidades, de iglesias que se adueñan de Facultades, de grupos políticos o sindicales, de izquierda o de derecha, que se apropian espacios universitarios, que los reivindican como propios y que se los reparten en términos partidarios, gremiales o familiares. Nuestra universidad está privatizada. Por eso quiero proponer algo ingenuo y redundante: renacionalizar la universidad nacional. Esto me lleva a algo que planteó aquí Francisco Naishtat, respecto a pensar en el fundamento de la Universidad. Esto es algo que me parece desenfocado en el caso argentino. La de los argentinos es una Universidad sin fundamento. A mí, que soy Doctor de Filosofía, que he tratado también de reflexionar sobre el sentido de la Universidad creo que una sola vez me tocó discutir con un rector un problema filosófico sobre el sentido de la universidad. En general, ni a los rectores, ni a los decanos, ni a los operadores políticos de la universidad

pública les interesa mucho el fundamento filosófico. Y la cultura del conocimiento también les interesa poco. Uno podría decir con Burton Clark que la Universidad no tiene fundamento, y no tiene por qué tener fines, porque el conocimiento es muy diverso y en las actividades de base cada uno da respuestas distintas desde sus perspectivas. El problema es que no hay una cultura del conocimiento ni una política del conocimiento. Coincido en que el modelo de gobierno, de gestión política, clientelista, corporativa, burocrática, es una traba fundamental para la universidad pública.

El otro problema que quería mencionar es la baja profesionalización de los docentes. Todos sabemos que un profesor de la UBA gana menos que un basurero. Y esto, dicho así, da la escala del lugar del proletariado intelectual de la universidad pública en la fuerza de trabajo. El sector que está menos gratificado es el profesor universitario. Pero además hay una cosa que muy poca gente sabe: el proletariado universitario argentino es el más eficiente del mundo: su capacidad para generar plusvalía, conocimiento, servicios para terceros, es superior a la del profesor alemán, a la del profesor japonés o a la del profesor norteamericano. ¿Por qué digo esto? Si se analizan los números, el presupuesto de las universidades nacionales en este momento es aproximadamente de ochocientos millones de dólares. Las universidades nacionales están produciendo recursos propios por valor de doscientos millones. En la Universidad pública el 70% del personal tiene dedicaciones simples, ganando menos de cien dólares mensuales. Entonces la productividad, el rendimiento del proletariado universitario es extraordinario. Es el único empleado público que produce plusvalía, y tal vez por eso es el que menos gana. Este es un problema crucial desde todo punto de vista. Se habla mucho, de una manera superficial, de la sociedad del conocimiento. Pero todo eso es mentira: la sociedad del conocimiento no existe desde el momento en que el proletariado, el cognitariado no está reconocido como un actor importante. El cognitariado, para decirlo como Peter Drucker, es el proletariado intelectual. En la Argentina no está reconocido como tal. En la universidad habría que reformular la planta docente, que para mí debería tener por lo menos un 70% de profesores con dedicación exclusiva para incentivar la profesionalización y para dar lugar a una verdadera ciudadanía universitaria en el sentido en que hablaba Emilio Tenti. Actualmente la mayoría tiene

dedicación simple, con lo que tienen poca injerencia, poca participación, poco compromiso con la universidad. Creo que la ciudadanía universitaria, la democratización real, la cogestión se cumpliría si la mayoría de los profesores tuvieran dedicación exclusiva para trabajar plenamente como profesores e investigadores.

El tercer problema que quería plantear es el de los bajos rendimientos académicos. La universidad argentina tiene un promedio de alrededor de 20% de estudiantes que se gradúan, en algunas Facultades este porcentaje baja muchísimo, por ejemplo en la Facultad de Ingeniería es del 10%. Esto hace que en algunas Universidades la carrera de Ingeniería cueste tres veces más que en Alemania.

Pero esto es más complejo de lo que parece a simple vista. En otros tiempos me alarmaban los bajos rendimientos y el alargamiento de las carreras, y después he constatado que países tan serios como Alemania no sólo permiten que los estudiantes se queden en la Universidad durante diez años, sino que aceptan darles becas para seguir hasta tres carreras distintas con tal de que no entren antes de los treinta años en el mercado de trabajo. Hay países que destinan un porcentaje importante a este tipo de políticas. En Estados Unidos, contra lo que todo el mundo cree, más de la mitad del gasto universitario está destinado a becas para estudiantes, y sólo el 20 % del gasto universitario es para investigación. En Estados Unidos se gastan anualmente sesenta mil millones de dólares en becas para estudiantes. ¿Por qué? Porque están convencidos que la universidad es un agente de socialización, de integración social. En la Argentina, sobre un millón de estudiantes, expulsamos a ochocientos mil. Esto me parece gravísimo, sobre todo en una sociedad desintegrada como la argentina. Creo que la Universidad no sólo no está cumpliendo el rol de integrador social sino que más bien acentúa la desintegración. Entonces me parece que la cuestión de los bajos rendimientos, ligada a la expulsión de los estudiantes, es un problema gravísimo.

Respecto del segundo tema que anunció Pedro Krotsch quiero señalar que lo que suele aparecer como un problema no lo es: la Argentina no tiene ningún déficit de recursos humanos profesionales. En cambio, tiene un serio déficit en la aplicación del conocimiento. A la Argentina no le faltan profesionales sino que le sobran: la exportación de profesionales argentinos

en el exterior es varias veces superior a la exportación de futbolistas. Tenemos cerca de cien mil graduados argentinos en el exterior. O sea que el problema argentino no es de déficit, tenemos una oferta vastísima- más que en toda la Comunidad Económica Europea en conjunto, medido con diversos parámetros, tal como la oferta de diplomas. En este momento, faltan egresados en algunas aplicaciones como minería, geología, petróleo, pero en general nuestro problema consiste en que siempre trabajamos con la hipótesis de que el sistema universitario argentino está trabajando para satisfacer las demandas del mercado: en términos absolutos no hay demanda en el mercado profesional, aunque sí en algunas especialidades.

Ernesto Villanueva: Tengo la sensación que los sucesos de diciembre del 2001 han inaugurado la posibilidad de un país distinto en un contexto mundial complejo, que se caracteriza en particular por la intención de un debilitamiento de los estados nacionales excepto uno, que es Estados Unidos. Y me parece que las preguntas que nos deberíamos hacer en las universidades públicas devienen de esta situación nacional e internacional. Enunciaré cuatro preguntas y alrededor de ellas sugeriré algunas respuestas.

Una primera pregunta está referida a qué carreras necesitamos, una segunda pregunta referida a qué estudiantes necesitamos, una tercera sobre qué docentes necesitamos, y una cuarta, teniendo en cuenta respuestas a las tres primeras preguntas, sobre qué estructuras de poder necesitamos para llevar adelante esos cambios.

Comparto muchas de las cosas que se han dicho en esta mesa; incluso pienso que profundizan bastante algunas de las cuestiones que yo planteo quizás bastante más esquemáticamente. Por ello, no quiero detenerme tanto en los diagnósticos sino en propuestas muy sencillas.

La primera, que deberíamos encarar como objetivo estratégico, es el de corregir el perfil excesivamente profesionalista de las universidades, que a mi juicio deforman absolutamente todo el esquema universitario. Eso no fue corregido, por el contrario, fue incrementado desde 1918 en la Argentina, y también ha formado parte de una tradición que debemos corregir. ¿Qué significa esto? Tenemos que hacer un fuerte hincapié en una formación generalista o general para el conjunto de las carreras.

Se planteaba que es mucho más fácil escolarizar que dar conocimientos poderosos; lo cierto es que con la situación educativa que vive la Argentina es importante que demos una fuerte formación general para el conjunto de las carreras, independientemente de que algunas de ellas después van a ser generalistas. Esa formación general tiene que llevar un año o incluso dos. La implementación se debería pensar para cada caso, distinta por región, por tradición universitaria. Pero hay muchos temas imprescindibles: el idioma, la matemática, la capacidad crítica, la informática, la historia, el pensamiento científico. Todos estos son temas claves, de los cuales encontramos que nuestros estudiantes vienen muy desprovistos.

Una tercera cuestión es que debemos encontrar la legitimación de nuestros egresados por caminos distintos. Con esto quiero decir que nuestros egresados transitan objetivos distintos y me parece que cualquier reduccionismo desde la lógica económica o de mercado hacia los filósofos es tan mala como la lógica de los filósofos hacia el mercado. Un especialista en derecho tributario tiene que tener muy en cuenta las características de mercado, un especialista en Kant debe tener en cuenta otros aspectos, y me parece que todos son útiles. La universidad tiene profesionales, generalistas, tecnólogos o ingenieros, y académicos. El mundo de los doctores en la Argentina es de los más débiles que hay. Deberíamos respetar estos cuatro perfiles, y no dar soluciones simplificadas para cada uno de ellos. Llamo "simplificadas" a las soluciones reduccionistas, tratando de invadir desde una esfera hacia la otra. En este sentido me parece muy importante que seamos conscientes y tratemos de corregir la situación de las Ingenierías: los egresados son apenas el 4,8% de los ingresantes. Esta cifra es increíble. Pero lo peor de eso es que cuando uno habla con los docentes de la Facultad de Ingeniería no creen que haya un problema: creen que es el mecanismo natural que regula el mercado. Me parece que el tema de las Ingenierías es clave. Me parece que también es clave que tengamos políticas activas para no incentivar las carreras de Medicina y de Derecho. Resulta muy triste analizar la distribución de los médicos en la Argentina, de qué trabajan, los sueldos que tienen. En ese sentido creo que se requieren políticas focalizadas en el área de los profesionales, en el área de los tecnólogos, en el área de los generalistas y en el área de los

académicos. En Argentina en este momento egresan alrededor de 400, 450 doctores por año, mientras que en Brasil hay 5000. Es posible que nuestros médicos sean muy superiores. Pero yo cito esa frase de "perro que ladra no muerde: lo importante es que lo sepa el perro, no uno". Lo importante es que los demás crean que nuestros doctores son buenos, pero que lo digamos nosotros no tiene tanta importancia.

Una cuarta cuestión es el tipo de carreras que necesitamos. Sobre esto me gusta decir que hay vida fuera de los papers. (risas). Comparto gran parte de los objetivos del Programa de Incentivos, pero ha tenido un efecto perverso en varios planos. Deberíamos complementar ese Programa de Incentivos con otros instrumentos que reorienten la dirección de las investigaciones. El Programa es bueno en el sentido de que promueve cierta modificación en la cabeza de muchos docentes que estaba muy anquilosada. Es mala en el sentido que se simula una investigación puramente de papeles, entonces se desvirtúa su sentido. Lo interesante es que esa remoción cerebral, esa revolución, se exprese en una cultura docente de investigación. Eso no se ha logrado, es un desafío grande para todos nosotros.

Una quinta cuestión es qué alumnos queremos. Me parece lamentable el hecho de que haya un 18% ó 19% de egresados en la Argentina. Debe ser un problema a atender, preferentemente en nuestras universidades públicas. Debería haber una preocupación sincera, real, por la deserción universitaria en la Argentina, porque en rigor lo que ha ocurrido en los últimos años es que esa deserción es la respuesta perversa al ingreso irrestricto. A los estudiantes les dicen que sí al principio y después de una u otra manera los expulsan. La existencia de materias filtro es conocida de todos. La verdadera preocupación para que haya más egresados de calidad- más egresados y de calidad- es fundamental. No imagino una universidad pública si no logra atender e implementar soluciones a este problema.

Una sexta cuestión en el tema de los estudiantes: la baja cantidad de estudiantes de postgrado por carrera en la Argentina. Yo creo que son menos de 40.000. Por ahí son 50.000 pero en la CONEAU hicimos un cálculo y resultaron 34.000. No sé la cantidad exacta, pero es tristísimo: 1.200.000 alumnos de grado y 30.000, ó 40.000, ó incluso 50.000, como

exageración, de postgrado es tristísimo. También, insisto, en que por más que haya carreras de grado de catorce años y los demás países tengan carreras de cinco años, la gente cree que los grados son los mismos. Es así. Si no tenemos un nivel de postgrado poderoso en la Argentina es difícil que sigamos avanzando como avanzamos a principios de siglo. Me parece que tenemos que tener una gestión bastante más activa respecto de los estudiantes.

Respecto a la pregunta acerca de qué tipo docentes necesitamos quisiera resaltar un par de cosas. En esta mesa se mencionaron problemas bastante más importantes, sin embargo quiero recuperar algunas cuestiones relacionadas con la docencia: terminar con el sistema feudal de cátedras. No es necesario buscar muy lejos: la Facultad de Ciencias Económicas. Esa Facultad ha terminado con el sistema de cátedras, solución esta que tiene la ventaja de desigar conocimientos del poder político. Existen cátedras con decenas de auxiliares que pervierten la dinámica académica en verdaderos grupos de presión dirigidos por los titulares, convertidos en caciques de tribus sanguinarias. ¿No sería más sano para nuestras universidades un esquema de multiplicidad de cátedras, que convierta la cátedra paralela en un elemento del pasado?

También se ha hablado mucho de modificar sustantivamente el sistema de dedicaciones. Este sistema tiene un origen histórico. Son tan bajos los sueldos en las dedicaciones simples, entre otras cosas, por la hegemonía de abogados, de profesionales de las ciencias económicas y médicos. Si tuviera una tarjetita que dijera "Fulanito Titular de Derecho Rural", no necesito cobrar un sueldo de la universidad, casi estaría dispuesto a pagarle por ese cargo. No en vano el titular de esa cátedra por muchos años fue el doctor Martínez de Hoz. Eso me permite obtener ingresos por fuera de la Facultad. Y en las ciencias sociales y en las ciencias duras somos víctimas de ese profesionalismo excesivo en las universidades. Y a esto se añade otro problema: en la Facultad de Ciencias Económicas es difícil lograr que mucha gente -aunque se le pague sueldos muy altos- tenga dedicación full time. Más aún, es difícil lograr buenos profesores en distintas áreas, por más sueldo que se les pague. Incluso en algunas Universidades Nacionales, como la de Quilmes, originalmente se les pagaba sueldos más altos a los economistas que al resto, porque si no, no

aceptaban el cargo Y toda la estructura de salarios en la Universidad está marcada por el profesionalismo.

También deberíamos cambiar el sistema salarial. Este año hemos tenido conflictos muy grandes en esa materia, y por lo que yo sé - puede ser que me equivoque- no hay ninguna propuesta de transformación del sistema salarial. Ha habido reivindicaciones fundamentales y básicas sobre el concepto del salario en blanco, pero me gustaría que el esquema salarial sea distinto para los docentes. Por ejemplo, un esquema que reivindique específicamente el presentismo, esto es, la dedicación real.

El último tema que quiero plantear es la necesidad de implementar algunas modificaciones en la estructura del poder de las universidades para solucionar estas cuestiones. Soy partidario de una reforma política profunda en la Universidad, así como una reforma profunda en el sistema político de la Argentina. Existe una estructura de poder que paraliza el cambio en las universidades. La idea del demos universitario, donde todos se ocupan de todo no es cierta. No hay democracia directa en las universidades. Hay una democracia indirecta, en la cual los representantes tienen una forma de gobierno parlamentario. Y los gobiernos parlamentarios son muy conservadores, todos los que estudian Ciencia Política lo saben, Si a este tipo de gobierno se le agrega una cierta tradición de reivindicar muchísimo a las minorías, que es una deformación propia del sistema, en los hechos muchas veces los cambios no se pueden hacer si no se logra el 90% del acuerdo. Con que haya un 15 ó 20% en contra ya no se avanza. Los que han sido integrantes del Consejo saben, que se es muy hipercrítico con las propuestas de cambio y muy conservador con la realidad. Ante esto yo planteo una solución muy sencilla: voto directo ponderado. No es voto directo, porque si no desaparecen los docentes, pero sí ponderado. Es importante que no haya una mediación entre el votante y la designación de un Rector, o de los Decanos.

Otra de las cosas que planteo siempre es la diferencia entre los derechos políticos y la carrera académica: me parece nefasto atar el concurso a los derechos políticos, atar los derechos políticos a cierto tipo de educación. Prohibir las reelecciones indefinidas en los cargos es otra reforma necesaria: en la UBA hemos tenido un Rector durante 16 años. Declarar incompatible la presencia en los órganos colegiados por parte de

estudiantes y graduados con la pertenencia asalariada a la universidad. Creo que este problema la UBA lo ha resuelto hace poco, y se está cumpliendo. Es un rasgo ético mínimo.

Soy partidario de que se analice seriamente la posibilidad de poner cupos para las mujeres- evidentemente la clase política universitaria es mucho más machista que la clase política argentina: cuando se analiza el género del conjunto de los Rectores, de los Decanos, se encuentra una proporción que no es la de la Argentina. Soy partidario de diferenciar más claramente las funciones de los organismos colegiados de los organismos unipersonales: la ejecución no puede estar a cargo de tres personas. En una cátedra, tres personas no pueden hablar a la vez: habla uno, es así. Si se trata de hacer alguna actividad, la parte ejecutiva es muy difícil cuando hay dos o más personas. Entonces nos encontramos con esa deformación (que no estaba en la Reforma universitaria).

Me gustaría que revisáramos la historia de la Reforma: la Reforma universitaria no impuso la incorporación de los graduados al gobierno, que se hizo desde 1957. La reforma universitaria conservó los aranceles hasta 1949 o 1951, no recuerdo. A veces se genera una especie de mito, según el cual las cosas que nos gustan las relacionamos con la Reforma universitaria. Y recordemos la característica más básica de la Reforma: que es que vino después de Hipólito Yrigoyen. No antes, después. La Reforma acompañó los cambios que habían ocurrido en el país. Eso es la historia argentina, eso es la tradición argentina. En otros países sí ha estado delante, como en Guatemala, o en el Perú.

Por último, dos pequeños comentarios. Creo que las universidades deberían inhibirse de crear carreras profesionales si no es con un acuerdo con un ente superior, del CIN o del Ministerio. Los Rectores - no tanto acá, en la Capital, pero sí en las Universidades del interior - son muy débiles frente a las presiones del intendente, o del gobernador. Está el ejemplo nefasto de Derecho en la Universidad de la Patagonia. Comenzó la Universidad de La Plata prometiendo una carrera de derecha arancelada en Comodoro, pero después la víctima fue La Patagonia. Si hubiera una incapacidad legal de la universidad para hacerlo sería mejor. Se trata de temas en los cuales ni un Rector ni una comunidad universitaria pueden lidiar, frente a la presión de la comunidad. Y por último, también deberían

inhibirse de establecer actividades académicas fuera de la zona de influencia de la entidad. Hay universidades privadas, pero también nacionales, que hacen cosas por fuera de su región. En la Capital Federal sin ir más lejos trabajan universidades cuyas sedes están a más de 50 kilómetros.

Emilio Tenti: La delimitación de las regiones se complica con la educación a distancia y las nuevas tecnologías

Ernesto Villanueva: Sí, en la educación virtual, pero no en las actividades presenciales.

Victoria Kandel: Voy a hacer un comentario corto. Primero retomo lo que dice Ernesto acerca del cupo femenino, porque en un trabajo de tesis que acabo de terminar hice un estudio sobre Consejeros Superiores y directivos en la UBA, y entrevisté a quince varones y dos mujeres, y en el Consejo Superior no hay mujeres estudiantes, por ejemplo. Es algo como para pensar.

Sandra Carli: ¿Y a nivel de Decanos y Secretarios?

Victoria Kandel: Hay una Decana.

Además de las cosas que dijeron acá, que concuerdo con el diagnóstico y con algunas propuestas, se me ocurría que algo en lo que también tendríamos que pensar es en la reflexión que hasta ahora se produjo acerca de la universidad. No sé si animarme a llamar a esto un campo de estudio sobre la universidad. Pedro, vos hablás de campo de estudio en un libro tuyo. Pensaba en un esquema que hizo Bruner hace ya bastantes años. Él decía que hay dos grandes tendencias o dos grandes corrientes de estudios sobre la universidad. Una es la organizacional y otra es la histórica, se la podría llamar también social, o filosófica.

Me parece que uno de los problemas que se presentan si uno hace una revisión de estado del arte de la investigación sobre la universidad, la investigación organizacional o socioorganizacional o la organización estadística, todas estas cosas ligadas, conforman una suerte de campo

hegemónico. Esto que traía Francisco, estas preguntas acerca del sentido que también mencionabas vos, Augusto, todas estas cosas que nos estamos preguntando acerca de cuál es el sentido de la Universidad o cómo se hace para recuperar el espacio público y el uso público de ese espacio universitario, son cosas que desde la perspectiva organizacional no tienen muchas respuestas, pero desde la reflexión filosófica o desde el recupero de la historia universitaria uno podría encontrar claves. Me parece que ahí hay un déficit o un avance más lento respecto a este campo o este subcampo más reflexivo.

Augusto Pérez Lindo: Quería señalar un ejemplo de la predominancia de los estudios sobre pedagogía: en el Encuentro Nacional sobre la Universidad como objeto de investigación que se realizó en Tucumán, el 70% de las mesas y de las participaciones estaban ligadas a pedagogía universitaria. Además, sobre los 24 postgrados de educación superior hay 17 de pedagogía universitaria. Ese es otro aspecto que no hay que olvidar.

Victoria Kandel: También hay mucho de gestión. Creo que deberíamos pensar en el lugar que tenemos quienes investigamos o quienes de alguna manera pretendemos hacer algo a nivel de producción conceptual sobre el tema de la universidad respecto al lugar que tenemos adentro de la universidad. Porque me parece que un segundo tema para pensar y para agregar al diagnóstico sobre la Universidad de Buenos Aires es que una de las cosas que le están faltando a nuestra Universidad es un espacio para reflexionar acerca de sí misma. Ernesto señalaba que hay temas pendientes, me parece que este es uno de ellos: generar espacios adentro de la universidad donde, a través de la modalidad que sea- seminarios, cursos, bibliografía- tanto los estudiantes como los docentes podamos discutir, leer y ponernos a pensar acerca de cómo es esta Universidad, cuál es su historia, cuáles son sus principales protagonistas, cuál es su forma de gobierno o cuál es su forma de organización política, académica. En ese sentido, sería bueno que la Universidad de Buenos Aires creara algún espacio en todas las Facultades, en el Ciclo Básico Común sobre todo, para instaurar el tema de una reflexión sistemática sobre el tema de la universidad. Me parece que la falta de reflexión que tiene la universidad

sobre sí misma produce como consecuencia este vínculo pragmático, utilitario, con la universidad. Sumado a todo lo que dijeron quienes me antecedieron: la creciente profesionalización, la desciudadanización, son cosas que me parece que tienen que ver con esta ausencia de reflexión o de conocimientos acerca de nosotros, de nuestra historia.

Pensando en el título de la convocatoria, La Universidad como espacio público, se me ocurre que también ligado a esto hay que reflexionar acerca del uso de este espacio. Qué uso hacemos los docentes, qué uso hacemos los estudiantes. En este sentido hay un problema muy grave que tiene que ver con la condición edilicia de la Universidad de Buenos Aires. Nosotros tenemos muy pocas posibilidades de usar el espacio porque no tenemos lugares físicos adonde estar: una buena biblioteca, un buen comedor, que son cosas que parecen secundarias pero tienen que ver con la vida universitaria y con la experiencia universitaria, que es lo que tenemos muy poco. El Instituto Gino Germani es un ejemplo, y lo estamos discutiendo muchísimo en nuestro cuerpo colegiado: las dificultades que tenemos para habitar el espacio, para estar aquí adentro, y como no podemos habitar este espacio no nos podemos encontrar, no podemos discutir, no podemos intercambiar, no podemos conocer lo que hace el otro. Y eso se traslada a cada una de las instancias, porque la virtualidad no alcanza como para lograr un real intercambio. Entonces es un problema que no se me ocurre cómo resolver, porque justamente con estos niveles de masividad es muy difícil tener un edificio adecuado, pero se trata de un problema en el cual por lo menos habría que pensar.

Una última reflexión, respecto a los estudiantes, al movimiento estudiantil: hay enormes diferencias entre el espíritu del movimiento estudiantil de 1918 y el actual. Tienen que ver con el contexto, con las propias características de los protagonistas, y con muchas otras cosas, que hacen que realmente se diferencien ambos momentos. Una de esas diferencias tiene que ver con la proyección que tenían los estudiantes, el movimiento reformista en el '18 y la proyección en cuanto a los reclamos, en cuanto a la lectura de la situación universitaria y la que tienen los estudiantes hoy. Los estudiantes en el '18 le hablan "a los hombres libres de Sudamérica". Pensaban en un cambio universitario vinculado básicamente al tema del gobierno y la democratización. Y sostenían que ese

cambio debería generar algún tipo de impacto en el contexto nacional y en el contexto latinoamericano. Existía una conciencia de la condición argentina y la condición latinoamericana. Eso no lo veo en el movimiento estudiantil en la actualidad: los reclamos y las preocupaciones de los estudiantes militantes – que por cierto son muy pocos -, o las propuestas que acercan a los cuerpos colegiados, son propuestas vinculadas básicamente con el bienestar estudiantil y con la condición de alumno. Salvo casos aislados de agrupaciones estudiantiles que tienen algún lazo con algún partido político. Pero en general lo que se puede observar es que desde el movimiento estudiantil la mirada no está puesta en la Universidad dentro de la sociedad sino en la Universidad sobre sí misma.

Francisco Naishtat: En general tengo muchos puntos en común con las diferentes ponencias pero quería dirigir simplemente dos preguntas: una a Augusto y otra a Ernesto.

Como filósofo me interpela la idea de los fundamentos, la idea de que nuestra universidad no tiene fundamentos - en gran parte yo estoy de acuerdo, no quiero defender una idea fundamentalista de los fundamentos de la universidad. Si por fundamentos se entiende una esencia ontologizada que esté allí *sub specie aeternitatis*, no, no concuerdo para nada con ese concepto de fundamento. No obstante, en una época en que hay una gran orfandad de ideas acerca de cómo debe posicionarse y plantarse la Universidad en el mundo contemporáneo, la noción de fundamentos en el sentido de tener ideas regulativas de la Universidad me parece necesaria, importante, urgente. Podríamos suscribir a la tesis posmoderna de los '80 de que estamos en el fin de los macro relatos y en este momento hay una suerte de festejo de la ausencia de los fundamentos (nihilismo lúdico, como le gusta decir a Vattimo), de un retorno a un pluralismo de los juegos de lenguaje y a la idea fractal de las minorías de los micro relatos. Pero creo que esa situación muy característica de los '80 no se condice con los problemas que estamos atravesando hoy. Los grandes problemas de la mundialización son problemas que interpelan a la sociedad: problemas de orden ecológico, de supervivencia de la humanidad, de cuestionamientos en torno a cuestiones de la ciencia y de su uso y de la moral que hay detrás de su uso científico, problemas de bioética y de biopolítica. Un sinfín de

problemas que requieren de ideas reguladoras, no de fundamentos ontologizados. De ideas que tengan no sólo una base adaptativa, que adviertan los procesos y propongan acciones adaptativas, sino devolver a la universidad una visión crítica del presente, lo cual quiere decir también una visión transformadora y no correr detrás darwinicamente de los procesos y del adaptarse para sobrevivir. Esta idea de supervivencia es la preponderante en la mayor parte de los discursos sistémicos de la universidad: digamos cómo hacer para adaptarnos al gran tren de transformación del mundo contemporáneo. En cambio deberíamos poder puntualizar qué puede la universidad decir al mundo para que el mundo no ande como está andando. Fijar un posicionamiento crítico de la universidad. La pregunta que quería dirigir a Ernesto va en esta dirección: me pareció detectar en tu ponencia una preocupación por este último problema. Comenzaste diciendo hoy estamos en un problema de debilitamiento del Estado (exceptuando el reforzamiento de los Estados Unidos), partiste desde un diagnóstico que era político. Y luego lo diluiste enteramente en la continuación de tu desarrollo, al favorecer esa división entre el cuerpo colegiado científico según el modelo convencional consagrado y los aparatos administrativos a la manera estándar y convencional como en el modelo preponderante hoy. Me gustaría saber cómo se condicen ambas cosas. Porque si por un lado hay un diagnóstico de debilitamiento de los Estados y reforzamiento de un solo Estado, quisiera que desarrollaras la forma en que la universidad debe posicionarse en ese punto, y cuál es su papel político y cómo debe cumplirlo.

Y por otra parte, escuché muchas críticas en relación a las estructuras de poder de la universidad, a las formas de reproducción del poder. Los ejemplos de conservadurismo son muy adecuados para el caso de la UBA, pero también hay otros aspectos del poder que por lo general se escapan a los que hacen crítica del gobierno colegiado. Uno es el aspecto del gobierno sistema. El sistema tiene un gran peso en la forma de vida universitaria, habría que analizar cómo nos planteamos también formas democráticas, colegiadas y deliberativas para el gobierno del sistema universitario, un gobierno que a todas luces no es transparente, ni colegiado ni democrático, sino donde el peso de la política partidaria y partidista en un sentido decisionista es predominante. Sabemos desde la

Ley 24.521 que es fundamental el peso que tiene la política partidista en la elección de organismos como la CONEAU. Quisiera escuchar tu posición respecto a la manera en que nos podríamos proponer cambiar eso, porque forma parte del gobierno de la universidad y de la democracia del sistema universitario.

Augusto Pérez Lindo: *Ad primun dicendum quod*, como dirían en la Edad Media: respecto de la primera cuestión coincido totalmente con tu exigencia filosófica y en cierta manera habermasiana, de encontrar en la comunidad universitaria interlocutores que piensen racionalmente para justificar su acción. Soy partidario de que la Universidad genere modelos de conocimiento, modelos de pensamiento que orienten a la sociedad. No sólo es un problema de la Universidad sino que es un problema del país: éste es un país que no se rige por modelos de conocimiento ni por modelos de pensamiento. En otros momentos, los militantes universitarios se tiraban los libros de Sartre, de Marx, de Mao, de Perón, de Jauretche y de otros autores por la cabeza, había confrontaciones de modelos de pensamiento y de ideologías. Hoy eso no existe, ni en el café de la esquina ni en la Universidad. Hoy no existe una cultura del conocimiento que sea la referencia. En este retroceso que la Universidad experimenta sobre su propio espacio respecto de la cultura del conocimiento se refleja la sociedad argentina. Actualmente, el proletariado intelectual va a la saga de los operadores políticos. Lo que define a esta sociedad es la praxis política, no la ideología, no los modelos de conocimiento. No es que yo sea partidario de eso, pero constato que es así. Yo preferiría que tuviéramos por lo menos algunos valores, modelos, y perspectivas para dar respuestas a la nuestro país y a la humanidad.

Ernesto Villanueva: Voy a hacer una reflexión acerca de la relación entre la universidad y el Estado. Efectivamente, soy de los que piensan que la universidad pública argentina mira excesivamente al Estado argentino y ve poco el aspecto internacional. Y demasiadas veces, en esa táctica, termina haciendo el juego a otros Estados nacionales. Pienso que hay que reformular la relación entre la Universidad y el Estado. Más claramente: en este proceso globalizador hay un intento fuerte que un conjunto de

potestades, que tradicionalmente han estado a cargo de los Estados nacionales, pasen, para su administración, a una supraentidad: desde el tema militar hasta el tema de la educación. En ese plano, las universidades públicas argentinas tendrían que estrechar filas.

La otra pregunta que me surgía se relaciona con la adopción de otros modelos, pensando en la diferenciación de Geoffrey Alexander entre un modelo bipolar versus un modelo único. Es posible que ese modelo sea mucho más útil que el que tenemos para los objetivos que nos proponemos. Puede ser. Es simplemente una estructura de poder apta para algunos cambios. De la adopción, por ejemplo, de los derechos universales del hombre de la revolución francesa no deducimos nosotros que vamos a hacer una política como la francesa. De todos modos yo no adhiero a ese esquema de Alexander. Mi planteo se refería a diferenciar los organismos unipersonales de los colegiados. Por supuesto en los organismos unipersonales pueden incluirse académicos, y en general lo van a hacer. El sistema más norteamericano, donde la gestión está a cargo directamente de un administrador, o una figura similar, puede funcionar para el área de legales o de algunas cuestiones administrativas, pero a mi juicio se requiere un rector que tenga la doble faceta. Eso respecto de tu primer comentario.

Respecto de lo segundo, también creo que tal como están las cosas, las universidades *per se*, es muy difícil que se reformen, a partir de una iniciativa interna. Las universidades tienen una dinámica corporativa, porque los universitarios tenemos una característica: somos seres humanos como todos los demás. Y somos una corporación. Es muy difícil que si no hay señales políticas o del mercado, alguien cambie. ¿Por qué? Porque la primera actitud del poder con que uno se topa es la más inmediata. Resultan necesarias estructuras políticas que señalen estas cosas. Deliberadamente, las cosas que planteé tenían que ver con quién era el actor que llevaba adelante estos cambios: los argentinos, no sólo los titulares de tal cátedra. Me parece que en ese sentido tenemos una responsabilidad importante. Incluso planteé la propuesta de renunciar a la soberanía de crear carreras nuevas profesionales. No cualquier carrera, sino sólo las profesionales. Porque realmente me da la sensación de que las universidades somos débiles frente a esa situación.

En relación a la preocupación por la CONEAU- aprovecho a señalar que no hay varios organismos, hay uno solo, desde la Ley 24.521, que es la CONEAU- y la participación de los presuntos políticos, creo que lo que simplemente hace es establecer cierta diferenciación sobre la hegemonía de la Unión Cívica Radical en los años '80. Nada más que eso. Todos los integrantes de la CONEAU son académicos, tanto los designados por las estructuras académicas como los que no. Por ejemplo, están Pedro Krotsch y Adriana Puiggrós. Ambos han escrito algún libro juntos. Pues bien, el primero integra la CONEAU a propuesta de los rectores de universidades nacionales y la segunda a propuesta del Senado, No hay tanta diferencia entre esos académicos. La cuestión de las fuentes de poder, sí es un tema muy fuerte en la Argentina. Tradicionalmente, en la Argentina, ha habido una división entre intelectualidad y movimientos populares. No ocurre lo mismo en Brasil igual, o en Chile. En Chile son idénticos, los rectores de los partidos políticos son idénticos. En la Argentina ha sido diferente, y entonces existe una situación de tensión. Las universidades públicas a partir de 1983 estuvieron en manos de la Unión Cívica Radical, lo que no se condice con la relación de fuerzas existente a nivel nacional. No fue la intención del gobierno de Menem replicar la política nacional en un organismo como la CONEAU: recordemos que el proyecto original preveía una composición distinta pero fueron los legisladores quienes pusieron seis representantes. No fue algo muy pensado. No obstante, el resultado, hasta ahora, es que esta configuración permite que el sistema sea menos corporativo que si se hubiera dejado sólo el CIN. A mí me gustaría hacer un estudio sobre la dinámica actual del CIN, que tiene enormes debilidades que deberían superarse si pretendemos que esa instancia sea algo más que un foro de discusión financiera.

Emilio Tenti: Quería hacer una reflexión acerca del tema del sentido. Me pregunto si esta pérdida de sentido, entendido éste como sentido unificado, un sentido colectivo, nacional, estatal, no tiene que ver con la crisis del Estado nacional y de la política. No sé hasta qué punto la diversidad sola puede reconstruir ese sentido si no se reconstruyen lo público, el Estado y la política. En última instancia el sentido colectivo viene por la política. Y no puede recuperarse sin una reconstrucción del campo político, si la

democracia argentina no logra superar la crisis de legitimidad. En la actualidad se observa que el Estado va perdiendo el monopolio de la "violencia simbólica", es decir, de la capacidad de imponer ciertos significados (todo lo que tiene que ver con el poder de "oficializar"). En el momento de apogeo del Estado nacional, el aparato universitario tenía una función propia de ese Estado. Pero éste tiende a diluirse. Una prueba del debilitamiento de este monopolio es la existencia cada vez más numerosa de agencias internacionales no estatales de acreditación de carreras, de títulos, diplomas, etc. Incluso en la Argentina existen instituciones educativas acreditadas por instituciones privadas internacionales según la normativa ISO 2001. En este sentido las cuestiones de sentido no se resuelven en el campo de la política universitaria sino que remiten a la política sin adjetivos.

Otro tema interesante es el que tiene que ver con la teoría del cambio o reforma institucional. Las instituciones ¿cambian por sus contradicciones internas? ¿O por la intervención de factores exógenos? Yo estoy cada vez más convencido, coincidiendo con Ernesto, que la Universidad va a tener que cambiar por factores exógenos. No veo una dinámica interna de la Universidad que lleve a algún tipo de cambio. Al contrario, veo la parálisis, en el sentido de la contradicción que mencionaba hace un rato: existe una situación que es insatisfactoria para todos, no hay nadie que en ningún nivel esté de acuerdo con la realidad tal como es, pero al mismo tiempo hay una incapacidad absoluta de generar un proyecto superador. Así que no me queda más que confiar en la acción de variables externas.

Sandra Carli: Veo que una parte de las intervenciones plantean de distintas maneras las dificultades de cambio. Estos veinticinco años de democracia, el ciclo que va de 1983 a 2005, están caracterizados por vaivenes complejos de la democracia política, cambios profundísimos y traumáticos de la situación en la Argentina, procesos de movilidad, reducción de las clases medias, una serie de fenómenos bastante complejos que no los podemos dejar afuera en el momento de pensar las tendencias de cambio conservadoras o no de la universidad. En el caso de la universidad pública se ha dado una combinación de cosas, no una tendencia

conservadora pura sino una combinación de esfuerzos hacia la modernización, tendencias conservadoras, anacronismos, todo eso mezclado. Tanto en los espacios de la representación política, en los trabajos institucionales y en la producción de conocimiento, todo eso está mezclado con los procesos que atravesó el país, y es bastante complicado en relación a que no hemos vivido un proceso de cambio lineal, ascendente, sino la mezcla de tendencias regresivas y progresivas según el sector.

En relación a esto pensaba, primero, cómo impacta esta cuestión sobre la representación política. Una de las cuestiones que plantea Francisco es, de alguna manera en la universidad pública argentina no queda otra alternativa- no sólo por fundamentos sino también por la propia realidad histórica- a que los académicos tengan una mayor participación política sobre la vida universitaria. No es posible hacer una separación tajante. La pregunta en este sentido: si es posible deslindar esa cuestión, si es posible hacer separaciones tan tajantes teniendo en cuenta el proceso histórico, el proceso presente, y seguramente la proyección del futuro en la Argentina.

El otro tema que quería plantear se relaciona con el sentido de la formación. Hay preguntas que tienen que ver con la Universidad que se vinculan con el sentido de formar nuevas generaciones de jóvenes en un país que no demanda grandes niveles de inclusión profesional o académica en el mercado de trabajo y en el desarrollo científico tecnológico. Y donde además el Estado siempre termina teniendo dudas respecto de lo adecuado de la inversión, a si la inversión es suficiente o excesiva, a qué efectos tienen las políticas de becas para estudiantes, sea para la culturización de los jóvenes o para el uso productivo del conocimiento, en la línea que planteaba el texto de Adriana Puiggrós, "El lugar del saber". Es decir, qué sentido productivo tiene la inversión en conocimiento, o sea la inversión en la universidad, en términos de desarrollo del país.

Pedro Krotsch: Lo dejamos como pregunta abierta. Esta discusión fue riquísima, se abrieron miles de puntas. Desde mi perspectiva personal veo que hay un corte fuerte en la discusión, que tiene que ver con el aspecto de profesionalista o no profesionalista de la Universidad. Esto aporta a toda la discusión de qué es el espacio público y desde qué universalidad puede

hablar la Universidad. Estamos en presencia de una Universidad básicamente corporativa y profesionalista, entonces hablar de lo universal desde ahí es complicado.

Pasamos al segundo punto, que tiene que ver con la pregunta acerca de la centralidad de la UBA. Si se lo piensa históricamente se advierte que en cuanto a la reflexividad de la UBA, reflexividad que señalaste muy bien, Victoria, esta incapacidad de repensarse permanente, es un tema nodal. Se observa en la Universidad una cierta melancolía o mejor autocomplacencia respecto de su lugar en el sistema. Pensamos todavía en la UBA que es la única Universidad Nacional por ejemplo y que es la única que existe en el conurbano. La situación es muy distinta, ha habido una emigración, hay competencia en el mercado, hay pérdida de centralidad en el campo de las instituciones y en el campo de los profesores. Esto sucede en casi todas las disciplinas. Esto significa que el escenario en que se mueve la UBA hoy, por lo menos en el área metropolitana, es un escenario distinto al de los '60. Hemos pasado de una universidad que podemos llamar de élite a una universidad de masas, de una universidad con vínculos estrechos con el Estado y sus instituciones a una universidad cuyos vínculos con el establishment ya no son tan firmes, una universidad menos ligada a la alta cultura y más ligada a la cultura de masas. En resumen se vive una crisis de hegemonía y de legitimidad que se tiene que reflejar en una crisis de la institución. Al respecto como creo que ya señalé creo hemos pasado de ser La Institución vivida como nacional a una organización en competencia con otras y esto requiere construir una misión y una identidad lo cual a su vez tiene que ver tanto con la memoria como con la imagen de futuro. La pregunta de este segundo componente tiene que ver con esto y lo que podemos hacer es vincular esto con la tercera pregunta: el nuevo escenario competitivo de la UBA en un sistema complejo, y cuál es la previsión, qué perfil o qué modelo de universidad imaginamos, a qué modelo podemos aspirar a diez años. Algunas cosas ya se mencionaron al respecto.

Ernesto Villanueva: Hasta hace no mucho tiempo la UBA era una de las seis Universidades que existían en Argentina. Y como bien señalás, Pedro, le ha costado mucho reconocer una realidad distinta. Entonces en lugar de adoptar una posición de centralidad adoptó muchas veces una posición de

esconder la cabeza bajo la tierra, como los ñandúes. Esto por parte de sus autoridades, no por parte de sus docentes, muchos de los cuales aprovechamos esa situación, entonces trabajamos en otras Universidades a las cuales reconocemos públicamente. Pero como institución se mantiene esa especie de negación. Eso hace que se subutilice la capacidad de la UBA. ¿Qué significa subutilizar? Que se debilita su posición hegemónica.

Dos ejemplos: Federico Schuster, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, participa en las reuniones de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de Universidades Nacionales. Su postura es la de plantear “La Facultad de Ciencias Sociales de la UBA colabora con todos ustedes, hagamos cosas juntos, somos todos lo mismo”. Esa es una actitud posible. Otra actitud, opuesta, es la del Decano de la Facultad de Medicina de la UBA: “Yo a AFACIMERA (Asociación de Facultades de Medicina) no voy, porque en AFACIMERA está Ferreyra”. Entonces AFACIMERA está hegemonizada por universidades pequeñísimas privadas. ¡Y esto en el ámbito de la Medicina! En las ciencias sociales no ocurre eso, Federico Schuster dice “somos todos iguales”-. Esa actitud de colaboración, de cooperación significa una situación de centralidad que en el caso de Medicina se va perdiendo. Hay dos alternativas: dirigimos este proceso o lo negamos. Y si se adoptara la estrategia que propongo, tampoco estaría todo resuelto, recién ahí se abren multitud de cuestiones, porque la Universidad de Buenos Aires es mucho más compleja que muchas otras universidades, en número pero no sólo en número: tiene un perfil de carreras de grado, de orientaciones, de postgrado, que requiere una solución compleja.

Pedro Krotsch: Y de articulaciones corporativas

Ernesto Villanueva: Articulaciones corporativas, claro. Yo no tengo una solución para eso, pero adoptaría el camino de Schuster. Después de eso vienen las preguntas, que tampoco son sencillas en cada disciplina, son complejas. Distinto el caso de las Ciencias Económicas, de los ingenieros, de las carreras profesionalistas. La universidad, de hecho, tiene una primacía muy fuerte en la producción de doctores en la Argentina, eso se expresa todavía tibiamente. Desde el punto institucional todos dicen “la

UBA”, y desde el punto de vista personal es diferente. Todos nosotros reconocemos a las otras universidades en nuestros currículo, pero no lo hace la Universidad como política institucional. Y repito, no tengo una solución al respecto.

Emilio Tenti: Creo que habría por lo menos tres situaciones típicas: una, la hegemonía. Pero creo que pretender la hegemonía no es ni conveniente ni posible. La segunda sería el aislamiento: que la UBA siga su propio camino sin tener en cuenta a las otras universidades del sistema público. La UBA es tan poderosa que puede prescindir de los demás, puede aislarse de la CONEAU, seguir su camino en soledad, etc. En el aspecto cuantitativo la UBA tiene un peso específico importante, así que la tentación del aislamiento puede ser, en muchos casos, bastante fuerte. Y la tercera sería ser un *primum inter pares*. Yo optaría por esto último. Uno se puede preguntar no solamente cuál es el papel de la UBA sino también qué esperan las otras universidades de la UBA. Es probable que el resto de las universidades públicas esperen cosas de la UBA. Hay una configuración relacional, no se trata solamente de qué queremos nosotros, sino también de tomar en cuenta las expectativas de los otros elementos del sistema. En este sentido creo que hay una expectativa de orientación, de socialización de un capital que tiene esta Universidad: capital humano, capital de tradiciones, capital de equipamiento, posición estratégica, vinculación con el mundo. Hay una expectativa de que la UBA cumpla este papel. No conozco todos los campos disciplinarios, pero creo que en el de las ciencias humanas, de las ciencias sociales, hay una expectativa no sólo en las universidades del conurbano sino incluso en las del interior del país. En México esto existe incluso legalmente: la UNAM tiene una función deliberada que le asigna una responsabilidad con respecto al sistema universitario. Creo que el propio peso específico de nuestra Universidad (que no es ninguna esencia inmutable, sino el fruto de una historia, de determinadas relaciones de fuerza, etc.) nos obliga a optar por el modelo del *primum inter pares*, que no es ni hegemonía ni aislamiento.

Victoria Kandel: A mí me parece que en realidad esta pretensión de hegemonizar es reconocida. Si uno viaja, si habla con gente que estudia en

otras universidades, es absolutamente reconocida. Me recuerda a la relación que tiene Buenos Aires con las provincias

Ernesto Villanueva: Es igual.

Victoria Kandel: Entonces me parece que no concuerdo con esta propuesta que das, Ernesto, porque creo que lo óptimo para el sistema universitario público sería que se conforme realmente una red de universidades públicas. Además me parece que es una cuestión de tiempo, dentro de unos años seguramente esto va a ocurrir, por el crecimiento que están teniendo las otras universidades, y por la forma en que están importando docentes. Ahora son docentes nuevos en las universidades del conurbano, o del AMBA, pero dentro de unos años o décadas van a ser los docentes tradicionales de esas instituciones. Entonces lo esperable es que a lo largo del tiempo- pensando en la tercer pregunta que hacía Pedro- la Universidad de Buenos Aires pueda ser realmente una universidad más, con su tradición, y siempre va a ser más vieja que las del conurbano.

Ernesto Villanueva: Perdón por la interrupción, yo no creo que haya un incremento de la proporción de las universidades del AMBA en relación a la UBA en cuando a cantidad de matrícula. Aunque no tengo cifras.

Victoria Kandel: Quizás no en cuanto a matrícula, pero es posible que sí en cuanto a la capacidad de fijar políticas, o producción de conocimiento, o en la capacidad de liderar alguna suerte de espíritu crítico, en términos de la actividad académica. Desde la matrícula desde ya que no, porque incluso en los lugares donde hay universidades en el conurbano muchos siguen haciendo viajes larguísimos y siguen viniendo hasta la Ciudad de Buenos Aires para estudiar una carrera que podrían hacer en Quilmes o en Tres de Febrero.

Sandra Carli: Habría que analizar el tema de las universidades privadas, que implican otro reclutamiento social y formación académica

Victoria Kandel: Por eso mismo a mí me parece importante la conformación de un sistema universitario público. En ese caso sí creo que este sistema tiene que ser quien lidere toda la dinámica del sistema universitario.

Augusto Pérez Lindo: Esto es importante, qué raro que no apareció este corte público-privado, cuando todos sabemos que es una de las dinámicas fundamentales del conjunto del sistema.

En cuanto a la cuestión relativa al acrecentamiento de la oferta, no veo el problema, me parece un falso dilema. No veo en qué consiste el problema de que haya mucha oferta. Finalmente esa oferta, de una manera u otra, se puede encausar. De hecho, en el ámbito del Gran Buenos Aires hay demanda insatisfecha de educación superior. Si actualmente en la región ingresan 150.000 alumnos a la educación superior, podrían ser 300.000 tranquilamente si tuviéramos una tasa de escolarización europea. Pero el problema no está allí, sino en algo que se está discutiendo en la actualidad. Se ha organizado un foro de Rectores de universidades de Buenos Aires, de la UBA y del conurbano, para concertarse respecto al ingreso universitario. Soy partidario de tener un sistema de ingreso compartido con todas las universidades públicas del gran Buenos Aires, un sistema al que todos los estudiantes puedan ingresar. Por otro lado, sería bueno que puedan tener postgrados compartidos. De hecho ya están organizándose programas de postgrado compartidos en las distintas universidades, no solamente públicas sino también privadas, lo cual me parece muy alentador. Y creo que en la misma línea van también las políticas de investigación. Esto me parece más importante aún. Yo publiqué un informe sobre las políticas de investigación de las universidades argentinas, que pueden encontrar en el sitio del IESALC – UNESCO. Lo que más me sorprendió es el gran potencial y a su vez la gran dispersión. Sería bueno que pudiéramos acercar un poco más a los actores, las universidades entre sí, los centros de investigación, las empresas, los organismos del Estado y las organizaciones sociales. Se están imponiendo a través de la SECYT condiciones para promover proyectos cooperativos, asociados, y esto está dando bastante resultado, está haciendo que grupos de distintas universidades suscriban proyectos en común. Resumiendo: postgrados

cooperativos, sistema de ingresos en común y programas de investigación. Son temas en los que se está avanzando. Apoyar y consolidar estas iniciativas me parece el escenario positivo para el futuro. Respecto al futuro de la UBA, creo que en estos próximos años no tiene capacidad estratégica para tomar decisiones cruciales, va a aparecer la posibilidad de dividirla en cinco, en seis o en siete. Esta es una eventualidad que ya se planteó varias veces. En el seno mismo de la UBA hay varios proyectos que plantearon esto, también en el Senado.

Victoria Kandel: La descentralización.

Augusto Pérez Lindo: Sí. Aunque le cambien el nombre puede ser el ejemplo de la Universidad de París u otros modelos. Creo que si la UBA no manifiesta una capacidad para tomar decisiones cruciales respecto de sus estrategias institucionales, marchamos hacia la división. Quiero mencionar dos ejemplos que me parecen definitorios: uno, el de la Ciudad Universitaria que hace 50 años está inconclusa, que sigue siendo una cosa mal hecha. Podría ser un parque hermoso, un lugar extraordinario, y hace 50 años que está ahí sin terminar. Otro, el caso del CBC, hace 20 años que se discute si existe o si no existe. Seguramente ninguno de los presentes sabría definir el estatus del CBC porque en realidad no existe bajo esa denominación, lo que se aprobó es una escuela de estudios básicos. Y la UBA tiene ahí 100.000 alumnos y 3.500 docentes. Esto muestra la incapacidad para tomar decisiones cruciales.

Francisco Naishtat: Conuerdo con lo que se señaló acá. El diagnóstico de Augusto me parece muy acertado, si seguimos en la situación en la que estamos la UBA marcha seguramente a una división que sería lamentable porque haría perder justamente lo que Tenti llama gran parte del capital social cultural que tiene la UBA. Este capital cultural es interesante también en la medida en que la UBA tiene una simbiosis con la ciudad, lo que le da un potencial enorme, un potencial que no está aprovechado, que está subaprovechado. Es decir que iríamos hacia una gran pérdida. Y concuerdo también con la idea del *primus inter pares*, aunque tenga un poco de porteñocentrismo - yo soy cordobés, no soy porteño. Como cordobés creo

que la tradición de la reforma universitaria, que nació en Córdoba y que la UBA retomó cien años después de su primera fundación, genera ciertas afinidades electivas. Por lo cual me reivindico en esta gran tradición de una Universidad fundada con el Estado nacional, junto con el Estado nacional-hablo de la UBA, y que cumplió un gran papel en los primeros pasos de ese Estado nacional. Creo que el debate sobre los cambios estuvo muy presente en esta discusión: si son exógenos, si son endógenos, si van a ser desde fuera o si van a ser desde dentro. Yo pienso que en gran parte es bizantino determinar si el cambio se origina en la sociedad o se origina en las aulas: en gran medida los cambios se hacen porque hay ideas y actores sociales dispuestos a llevar adelante las ideas. El cambio de la universidad de París post '68, con la división de las universidades y la reforma que por primera vez incluyó la idea del gobierno tripartito y consejos con participación estudiantil, lo hizo el Ministerio, pero las ideas vinieron del movimiento de los '60. De otra forma no se habría producido ese cambio. La reforma universitaria del '18 fue posterior al ascenso del radicalismo, pero había ideas que estaban en ese intelectual colectivo que llevó adelante esas reformas. Yo creo que poco importa que hayan partido de la sociedad o que sean de una Carrera o un Departamento. Lo importante es que los cambios se hagan, y siempre van a hacer falta hombres y mujeres con ideas dispuestos a llevarlos adelante. En cambio creo que es vital y crítico para la universidad ser protagonista de sus propias transformaciones, no solamente padecerlas como imposición burocrático-administrativa (los noventa) sino protagonizarlos espiritualmente (como en el 18 o en el período 1955-66). Hace falta generar ese movimiento espiritual, intelectual, que pueda desplegar esos cambios. A pesar de los diagnósticos pesimistas, hay un elemento que me hace ser optimista y que se puso aquí sobre la mesa cuando se señala que se están dando dinámicas cooperativas, y no sólo de competencia, entre las universidades. Porque en los '90, cuando se generó el sistema universitario, en gran medida lo que se hizo fue fragmentar y poner a las universidades en competencia entre sí: ese fue el primer mensaje, que generó el sistema. Competencia por los fondos, competencia de los recursos humanos por los incentivos, por los proyectos. Ya en los '80 estaba en boga la idea de las universidades empresariales, que tienen que preservar su propia producción para reemplazar los recursos que el Estado

ya no les va a dar, y que por consiguiente son empresas que van a competir con otras empresas. Esa idea que no se condice con instituciones del conocimiento, donde la cooperación es fundamental – si bien las instituciones del conocimiento son competitivas en otro sentido más trivial: el del prestigio académico - porque no hay conocimientos sin cooperación intelectual. El conocimiento no es un acto privado ni un acto de mercado: nace de la cooperación intelectual y yo creo que en ese sentido poder pasar de una dinámica de competencia a una dinámica de cooperación me parece un avance muy importante. Si eso empieza a darse entre la UBA y las universidades del conurbano, bienvenido sea, porque sería una manera de comenzar a hacer acción crítica, de resistir algo que sí está en el orden del día en el *establishment* internacional, que es generar universidades-empresas. Si se estudia el tema de las patentes - del cual se habla muy poco acá - y hasta qué punto en los Estados Unidos las universidades están empezando a ser medidas por la cantidad de patentes que producen, se advierte hasta qué punto el mundo privado, empresarial y mercantil está penetrando en el interior de las universidades. La patente no significa otra cosa que el guardado del conocimiento en secreto y el cobro de dinero por la publicación de ese conocimiento. Yo los invito a reflexionar sobre el tema de las patentes, mirando las estadísticas, y analizar hasta qué punto la generalización del patentamiento puede transformar la dinámica de la producción y generación del conocimiento público. Ahí también hay una lucha que llevar adelante en tanto instituciones de conocimiento cooperativas. Por consiguiente, en relación a la centralidad de la UBA, yo creo que el debate ya no es “volvamos a ser la institución hegemónica que hemos sido antes y ser la institución central”, creo que más bien se plantea el cómo ser la UBA en el sistema universitario plural y diferenciado en el que estamos insertos. Y ser la UBA significa defender determinados valores, defenderlos explícitamente, afirmándolos y haciendo política con ellos como intelectual público, y desde una idea de que la UBA tiene una historia y una tradición, poder afirmarse en esos valores críticos y construir cooperación en un movimiento intelectual colectivo.

Sandra Carli: Quiero hacer un comentario acerca de las condiciones institucionales en la Universidad, donde se lleva adelante la producción del

conocimiento. Para analizar este tema habría que tener también una mirada económico social: los temas del espacio, el equipamiento de la biblioteca, la protección del patrimonio universitario, etcétera, son cuestiones que están en el centro del debate hoy sobre lo público y privado en lo que hace a la producción del conocimiento. Las condiciones materiales, desde que un estudiante de pocos recursos pueda tener una beca para acceder a universidad pública llegar a buen término en sus estudios hasta las condiciones en que un profesor o investigador de tiempo medio, completo o parcial pueda desarrollar el trabajo universitario, no son cuestiones menores en este momento. El desfase entre las instituciones públicas y privadas, inclusive la diferenciación dentro del sistema público son muy grande: la brecha que se ha agrandado cada vez más desde el punto de vista presupuestario no es un problema gremial sino que es un problema central a las universidades públicas. Eso tiene que entrar a tono y de la mano del debate sobre las ideas, porque son las condiciones que van a hacer posible completar ciertas ideas: estar, trabajar, sostener un trabajo de investigación, publicar, tener competitividad internacional, niveles de cooperación inclusive.

Ernesto Villanueva: La impresionante existencia de activos fijos en la Universidad de Buenos Aires que no tienen el resto de las universidades es una ventaja muy fuerte, no solamente simbólica.

Pedro Krotsch: Cuando discutimos acerca de la memoria se enfatizó eso: no hay conciencia del capital simbólico y material acumulado.

Le voy a dar la palabra al Profesor Alberto Noé, Doctor en Sociología, quien que trabaja en la Universidad Federal de Bahía, Brasil, y es autor del libro **Utopía y Desencanto: creación e institucionalización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1955-1966)**, publicado por la Editorial Miño y Dávila, 2005.

Alberto Noé: Quería comenzar recordando a Darcy Riveiro cuando decía que en las Universidades de América Latina, "muchos profesores hacen de cuenta que enseñan y los alumnos hacen de cuenta que aprenden", que me parece muy pertinente para esta reunión. Quiero destacar lo interesante de

este debate, sobre todo después de haber vivido muchos años en Brasil, donde las discusiones tienen un ritmo más tropical, mientras que los argentinos, a pesar de los cambios de los últimos años, no perdimos la agudeza de la escucha entre líneas entre nosotros mismos.

Lo que planteó Ernesto Villanueva respecto al Estado es fundamental. La pregunta es: ¿Qué Estado? Aquí no hay Estado. Porque se destruyó el Estado. Porque no había conciencia sobre la relevancia del Estado. Aquí entra el tema de la Universidad pública. Es importante destacar que en la Argentina no hay historia escrita documentada sobre la Universidad. Durante mi investigación sobre la Universidad de Buenos Aires en el período 1955-1966, hice un relevamiento de fuentes bibliográficas, y lo único que encontré fue el libro clásico de Tulio Halperín Donghi, "Historia de la Universidad de Buenos Aires" (1962). Eso es muy significativo. Tuve que recurrir al Archivo de Historia Oral de la UBA. Pero la historia oral tiene sus limitaciones. Cuando estudié Brasil y México fue muy diferente. Me pregunto, ¿por qué en otros países de América Latina hay tanta producción sobre historia de la Universidad, y en la Argentina casi no existe?

En segundo lugar quería plantear algunas observaciones a los colegas presentes sobre la Reforma Universitaria de 1918. El movimiento de la Reforma no tiene absolutamente nada que ver con la Unión Cívica Radical sino con la tradición del pensamiento libertario argentino, sobre todo de dos o tres grandes ideólogos que tuvo esa corriente, profundamente latinoamericanistas. Su trascendencia es tan grande que llega incluso hasta Cuba: Fidel Castro es un emergente del Movimiento de la Reforma de Córdoba. La Revolución Cubana se nutre, entre otras cosas, del movimiento de la Reforma Universitaria de 1918. También quiero señalar que los postulados de la Reforma del 18 muy pocas veces se aplicaron en la práctica.

Por otro lado, hasta los años 70, en la Argentina, hubo una desconfianza básica del Estado respecto a los intelectuales progresistas. Es diferente en otros países, no hace falta decir que Fernando Henrique Cardoso fue presidente de Brasil. Y, aunque posteriormente haya modificado su posición ideológica, su origen está en la Universidad de San Pablo. En Argentina los intelectuales nunca tuvieron inserción en el campo del Estado, salvo en los últimos tiempos. Y aún hoy, los sociólogos, los

cientistas políticos y otros intelectuales son mirados con cierta desconfianza. El estado brasileño, en cambio, se nutre en la Universidad.

Como resultado de mi investigación: "Creación e institucionalización de Sociología en la Universidad de Buenos Aires (1955-1966)", resultó que uno de los escasos períodos en que los postulados de la Reforma del 18 realmente se llevaron a la práctica fue con el *aggiornamento* de los años 60, dentro de un escenario internacional que muchos autores denominaron la época más gloriosa del capitalismo, entre 1945 y 1973. En Argentina, los años 60 están dentro de esa época. Además, descubrí que tanto José Luis Romero como Risieri Frondizi tuvieron un proyecto de Universidad, las grandes innovaciones que hubo en la Universidad de Buenos Aires estuvieron ligadas a Risieri Frondizi, que tuvo un equipo de gente excepcional en la Argentina. Para dar un ejemplo, EUDEBA no salió de la nada: Arnaldo Orfila Reynal y Boris Spivacow democratizaron el campo de la cultura, a través de la difusión masiva de textos. Lo que falta hoy es un proyecto de Universidad y actores creativos como José Luis Romero y Risieri Frondizi.

Para finalizar, quiero referirme a lo que mencionó Ernesto Villanueva y que me parece preocupante: en Ingeniería egresan el 5% de los alumnos inscriptos, y hay 100.000 científicos argentinos en el exterior. A pesar de esto, me llena de orgullo poder afirmar que un profesional argentino es altamente cotizado en los ámbitos universitarios internacionales.